

Dimensiones Individuales de la Persona

La antropología bíblica presenta al hombre, por una parte ligado al mundo natural (hecho de polvo) y por la otra como un ser superior al mundo (conciencia de sí y de los demás). Deja bien claro que la superioridad del hombre, con relación a todos los demás vivientes, es la interioridad, la conciencia, la capacidad de desligarse del mundo y actuar responsablemente. Esa individualidad se pone de manifiesto en tres rasgos distintivos de la persona: Inteligencia, conciencia y libertad.

a- Inteligencia: Esta "hace al hombre superior al universo material" y le permite alzarse, por medio de lo visible, hacia lo invisible. Por la razón es capaz de comprender el orden de las cosas establecidas por el Creador, y dirigirse por sí mismo a su bien verdadero, a su perfección, a la búsqueda del amor y la verdad⁷⁸. Ella es participación en la luz y el espíritu divino. Es "una inteligencia que no se ciñe solamente a los fenómenos. Tiene capacidad para alcanzar la realidad inteligible con verdadera certeza, aunque a consecuencia del pecado esté parcialmente oscurecida y debilitada"⁷⁹.

b- Conciencia: Es la ley divina escrita por el Creador en el corazón del hombre: "La conciencia –nos dice el Concilio– es el núcleo más secreto y el sagrario del hombre en el que se siente a solas con Dios, cuya voz resuena en el recinto más íntimo de aquella. Es la conciencia la que de modo admirable da a conocer esa ley, cuyo cumplimiento consiste en el amor de Dios y del prójimo. La fidelidad a esa conciencia une a los cristianos con los demás hombres para buscar la verdad y resolver con acierto los numerosos problemas morales que se presentan al individuo y a la sociedad"⁸⁰.

78 -Cf. Ib. 15

79 -Ib. ; Cf. CIC. 1704

80 -GS. 16

c- Libertad: Es el signo inminente de la imagen divina en el hombre, por ella se orienta él hacia el bien. "Dios ha querido dejar al hombre en manos de su propia decisión, para que así busque espontáneamente a su Creador y adhiriéndose libremente a éste, alcance la plena y bienaventurada perfección"⁸¹.

Dimensión Social de la Persona

El hombre es por naturaleza un ser social y no puede vivir ni desplegar sus capacidades sin relacionarse con los demás. Es aquí, en su sociabilidad, donde él descubre, desarrolla y realiza sus dimensiones personales. La persona está referida a la comunidad, sólo en ella consigue su plena realización.

El Génesis nos revela que Dios no creó al hombre en solitario, sino que los hizo hombre y mujer (Cf. Gn. 1,27); esta es la expresión primera de la comunión interpersonal, de la intersubjetividad humana. De ahí se deriva – afirma el Concilio – la íntima naturaleza social del hombre. Esta complementariedad constituye el primer modelo de proyección de la persona, y es, precisamente, en la convivencia humana,

81 -Ib. 17

* Juan Pablo II se suma a la crítica ya presente en otros documentos sociales del Magisterio contra la sociedad de consumo y la exaltación de los avances tecnológicos y científicos y el descuido del hombre como realidad fundamental. Ya Pablo VI había dicho que "los hombres de nuestra época han profundizado y extendido la investigación de las leyes de la naturaleza; han creado instrumentos nuevos para someter a su dominio las energías naturales; han producido y siguen produciendo obras gigantescas y espectaculares. Sin embargo, mientras se empeñan en transformar el mundo exterior, corren el peligro de incurrir en el olvido de sí mismos y debilitar las energías de su espíritu y de su cuerpo" (MM 232). Nuestra civilización materialista condena al hombre a la esclavitud de las cosas y del placer, olvidando que el hombre no puede renunciar a sí mismo ni al puesto que le es propio en el mundo visible; el no puede hacerse esclavo de las cosas, ni de los sistemas económicos, de la producción y de sus propios productos. Frente a esta creciente despersonalización, frente a la peligrosa absorción de la persona por la economía y la cultura del placer, ante la falta de criterios humanísticos en la organización de la sociedad y la economía, que llevan al hiperconsumismo, hace falta una nueva antropología, un nuevo humanismo que mite al hombre como manifestación decisiva de la humanidad y advierta la necesidad de orientar hacia Dios la vida individual y social (Cf. RH. 16; GS 15, 56, 62; Libertas 15-16).

en el desempeño de sus derechos y deberes, esto es, de su responsabilidad social y de su libertad, donde los sujetos asimilan y viven los valores espirituales y los propiamente humanos. Por consiguiente, lo social, lo político, y lo económico no constituyen un fin en sí mismo, sino que están subordinados a la persona, a los valores trascendentales del espíritu humano⁸². Del carácter social de la persona se sigue que "el desarrollo de la persona humana y el crecimiento de la sociedad están mutuamente condicionados. Porque el principio, el sujeto y el fin de todas las instituciones sociales es y debe ser la persona humana, ya que su propia naturaleza tiene necesidad de vida social. La vida social no es para el hombre algo accidental; el hombre desarrolla todas sus cualidades y puede responder a su vocación, mediante el trato con los otros, la ayuda mutua y el diálogo con los hermanos"⁸³.

Juan Pablo II afirma que hombre sólo se hace persona con el otro, en el desarrollo de una "sociabilidad que no se agota en la relación interpersonal ni en el Estado, sino que se realiza en diversos grupos intermedios, comenzando por la familia, grupos económicos, sociales y culturales y en los diferentes estamentos que conforman la sociedad; de ahí que sea posible hablar de la "sujetividad" de la sociedad. De esta dimensión social se desprende la solidaridad humana⁸⁴. Del hecho de que el desarrollo de la persona y el de la sociedad estén mutuamente condicionados, emana la exigencia de que las relaciones sociales, consideradas como uno de los deberes y derechos fundamentales del hombre contemporáneo, se establezcan conforme a los criterios de una justicia social solidaria, es decir, según los criterios de la fraternidad, vivificada e integrada por el amor.

La Dignidad Humana

La dignidad personal revelada en Jesucristo, encuentra su fundamento en Dios, es decir, en la creación del hombre a su imagen y se-

mejanza, y en su llamada a participar de la vida divina. Ella encuentra en Cristo su coronación y medida y se nos hace consciente por la acción del Espíritu Santo. De ahí su valor evangélico: "La razón más alta de la dignidad humana consiste en la vocación del hombre a la unión con Dios"⁸⁵. Precisamente en la respuesta a esta llamada "es donde el hombre se hace consciente de su trascendente dignidad. Todo hombre ha de dar esta respuesta, en la que consiste el culmen de su humanidad y que ningún mecanismo social o sujeto colectivo puede sustituir. La negación de Dios priva de su fundamento a la persona y, consiguientemente, la induce a organizar el orden social prescindiendo de la dignidad y responsabilidad de la persona"⁸⁶.

Esa dignidad encuentra su expresión en los derechos humanos, es por eso que su defensa constituye el criterio, principio y fundamento de la DSL. La Iglesia reclama como algo suyo la defensa y promoción de la dignidad humana, como "algo" que le ha sido confiado por el Señor y de lo que son deudores todos los seres humanos en cada coyuntura histórica. Los Obispos, en Puebla, afirman que dado el deterioro, devaluación y violación sistemática, la Iglesia siempre presente en la defensa y promoción de la dignidad humana, no puede menos que considerar al hombre en la integridad de su ser, enfrentando las esclavitudes, discriminaciones (de tipo social, cultural, religioso, sexual, étnico), violencias, atentados, agresiones contra el hombre y cuanto atenta contra la vida, y todo aquello que sea contrario a la justicia social, a la equidad y a la paz social⁸⁷.

La ética solidaria reclama el reconocimiento y respeto de la dignidad personal del otro, incluso del enemigo, quien debe convertirse en mi propio yo. Tal dignidad es independiente de las condiciones socio-económicas, aunque existen condiciones de vida que la vejan e incluso la niegan. Por eso la solidaridad debe encaminarse a la defensa de la vida, sobre todo, de la marginada y maltratada. Juan Pablo II se hace eco del papel decisivo que ha jugado la Iglesia en la defensa y pro-

82.-Cf. GS. 12; PT. 34; LC. 73

83.-GS. 25

84.-CA. 13.

85.-GS. 19, 9; Cf. DP 316; DSD 8.

86.-CA. 13; Cf. MM 215, 217; DH 3.

87.-Cf. DP 11,2; DSD 27, 235,239; GS 29.

moción de la dignidad humana. Señala que incluso en los ambientes intensamente ideologizados, donde el partidismo ofuscaba la conciencia colectiva acerca de la dignidad humana, ella ha afirmado que todo hombre – sin importar sus condiciones y convicciones – lleva gravada en sí las huellas de Dios y que, por consiguiente, merece respeto. Esta postura eclesial – dice el Papa- ha llevado a buscar formas de lucha y soluciones políticas más acorde y más respetuosas de la dignidad humana⁸⁸, y a proclamar, sin desmayo, que Cristo, Dios y hombre, es la fuente más profunda que garantiza la dignidad de la persona y sus derechos, y que no hay ley humana que pueda garantizar la dignidad personal y la libertad del hombre con la seguridad que lo hace el Evangelio de Cristo confiado a la Iglesia⁸⁹. La lucha por la dignidad implica:

- Que cada cual mire y trate al prójimo como otro yo, cuidando de su vida y de los medios necesarios para vivirla dignamente (Cf. GS 27,1).
- Una ética fundamentada en el Evangelio que nos invita a superar todo lo que es incompatible con el amor y a descubrir en cada ser (sufriente) al mismo Cristo (Cf. Mt. 25,40).
- Despertar en los hombres y mujeres el sentido colectivo por la dignidad humana, mediante la multiplicación de estructuras democráticas de participación y la creación de un marco jurídico nacional e internacional que garantice el respeto por toda vida humana (Cf. CA 23).
- La realización de los derechos económicos y sociales que implica la satisfacción de las necesidades básicas y la difusión de la cultura, del saber y de los conocimientos científico-tecnológicos; de suerte que haya una participación en el saber, a escala mundial (Cf. MM 61).

88.-Cf. CA 22.
89.-Cf. DSD 164; GS 41.

Hombre dedicado al trabajo. Se entiende que tal problema entra, en el contexto de las presentes consideraciones, sobre todo desde este punto de vista.

Lo más importante es que el hombre que trabaja fuera de su país natal, como emigrante o como trabajador temporal, no se encuentre *en desventaja*, en el ámbito de los derechos concernientes al trabajo, respecto a los demás trabajadores de aquella determinada sociedad. La emigración por motivos de trabajo no puede convertirse de ninguna manera en ocasión de explotación económica o social. En lo referente a la relación del trabajo con el trabajador inmigrado, deben valer los mismos criterios que sirven para cualquier otro trabajador de aquella sociedad. El valor del trabajo debe medirse con el mismo metro y no en relación con las diversas nacionalidades, religión o raza. Con mayor razón, *no puede ser explotada una situación de coacción* en la que se encuentra el emigrado. Todas estas circunstancias deben ceder absolutamente —naturalmente, una vez tomada en consideración su cualificación específica— frente al valor fundamental del trabajo, el cual está unido con la dignidad de la persona humana. Una vez más, se debe repetir el principio fundamental: la jerarquía de valores, el sentido profundo del trabajo mismo, exigen que el capital esté en función del trabajo y no el trabajo en función del capital.

V. ELEMENTOS PARA UNA ESPIRITUALIDAD DEL TRABAJO

Particular cometido de la Iglesia

24. Conviene dedicar la última parte de las presentes reflexiones sobre el tema del trabajo humano con ocasión del 90 aniversario de la encíclica *Rerum novarum*, a la espiritualidad del trabajo en el sentido cristiano de la expresión. Dado que el trabajo en su aspecto subjetivo es siempre una acción personal, *actus personae*, se sigue necesariamente que en él *participa el hombre completo, su cuerpo y su espíritu*, independientemente del hecho de que sea un trabajo manual o intelectual. Al hombre entero se dirige también la Palabra de Dios vivo, el mensaje evangélico de la salvación, en el que

encontramos muchos contenidos —como lucas particulares— dedicados al trabajo humano. Ahora bien, es necesaria una adecuada asimilación de estos contenidos; hace falta el esfuerzo interior del espíritu humano, guiado por la fe, la esperanza y la caridad, con el fin de *ordenar al trabajo* del hombre concreto, con la ayuda de estos contenidos, aquel *significado que el trabajo tiene ante los ojos de Dios*, y mediante el cual entra en la obra de la salvación al igual que sus tramas y componentes ordinarios, que son, al mismo tiempo, particularmente importantes.

Si la Iglesia considera como deber suyo pronunciarse sobre el trabajo desde el punto de vista de su valor humano y del orden moral en el cual se encuadra, reconociendo en esto una tarea específica importante en el servicio que hace al mensaje evangélico completo, al mismo tiempo ella ve como un deber suyo peculiar la *formación* de una *espiritualidad del trabajo* que ayude a todos los hombres a acercarse, a través de él, a Dios, Creador y Redentor; a participar en sus planes salvíficos respecto al hombre y al mundo y a profundizar en sus vidas la amistad con Cristo, asumiendo, mediante la fe, una viva participación en su triple misión de Sacerdote, Profeta y Rey, tal como lo enseña, con expresiones admirables, el Concilio Vaticano II.

El trabajo como participación en la obra del Creador

25. Como dice el Concilio Vaticano II, «una cosa hay cierta para los creyentes: la actividad humana individual y colectiva, o el conjunto ingente de esfuerzos realizados por el hombre a lo largo de los siglos para lograr mejores condiciones de vida, considerado en sí mismo, responde a la voluntad de Dios. Creado el hombre a imagen de Dios, recibió el mandato de gobernar el mundo en justicia y santidad, sometiendo a sí la tierra y cuanto en ella se contiene, y de orientar a Dios la propia persona y el universo entero, reconociendo a Dios como Creador de todo, de modo que con el sometimiento de todas las cosas al hombre sea admirable el nombre de Dios en el mundo»²⁷.

²⁷ CONC. ECUUM. VAT. II, const. past. sobre la Iglesia en el mundo actual, *Gaudium et spes* 34: AAS 58 (1966) p.1052s.

En la palabra de la divina Revelación está inscrita muy profundamente esta verdad fundamental: que *el hombre*, creado a imagen de Dios, *mediante su trabajo, participa en la obra del Creador*, y según la medida de sus propias posibilidades, en cierto sentido, continúa desarrollándola y la completa, avanzando cada vez más en el descubrimiento de los recursos y de los valores encontrados en todo lo creado. Encontramos esta verdad ya al comienzo mismo de la Sagrada Escritura, en el libro del Génesis, donde la misma obra de la creación está presentada bajo la forma de un «trabajo» realizado por Dios durante los «seis días»²⁸, para «descansar» el séptimo²⁹. Por otra parte, el último libro de la Sagrada Escritura resuena aún con el mismo tono de respeto para la obra que Dios ha realizado a través de su «trabajo» como Creador cuando proclama: «Grandes y estupendas son tus obras, Señor, Dios todopoderoso»³⁰, análogamente al libro del Génesis, que finaliza la descripción de cada día de la creación con la afirmación: «Y vio Dios ser bueno»³¹.

Esta descripción de la creación, que encontramos ya en el primer capítulo del libro del Génesis, es, a su vez, en cierto sentido, *el primer «Evangelió del trabajo»*. Ella demuestra, en efecto, en qué consiste su dignidad; enseña que el hombre, trabajando, debe imitar a Dios, su Creador, porque lleva en sí mismo —él solo— esta razón singular de la semejanza con El. El hombre tiene que imitar a Dios tanto trabajando como descansando, dado que Dios mismo ha querido presentarle la propia obra creadora bajo la forma *del trabajo y del reposo*. Esta obra de Dios en el mundo continúa sin cesar, tal como atestiguan las palabras de Cristo: «Mi Padre sigue obrando todavía...»³²; obra con la fuerza creadora, sosteniendo en la existencia al mundo que ha llamado de la nada al ser, y obra con la fuerza salvífica en los corazones de los hombres, a quienes ha destinado desde el principio al «descanso»³³, en unión consigo mismo, en

«la casa del Padre»³⁴. Por lo tanto, el trabajo humano no sólo exige el descanso cada «siete días»³⁵, sino que, además, no puede consistir en el mero ejercicio de las fuerzas humanas en una acción exterior; debe dejar un espacio interior, donde el hombre, convirtiéndose cada vez más en lo que por voluntad divina tiene que ser, se va preparando a aquel «descanso» que el Señor reserva a sus *siervos y amigos*³⁶.

La conciencia de que el trabajo humano es una participación en la obra de Dios, debe llegar —como enseña el Concilio— incluso a «los *quehaceres más ordinarios*». Porque los hombres y mujeres que, mientras procuran el sustento para sí y su familia, realizan su trabajo de forma que resulte provechoso y en servicio de la sociedad, con razón pueden pensar que con su trabajo desahogan la obra del Creador, sirven al bien de sus hermanos y contribuyen de modo personal a que se cumplan los designios de Dios en la historia»³⁷.

Hace falta, por lo tanto, que esta espiritualidad cristiana del trabajo llegue a ser patrimonio común de todos. Hace falta que, de modo especial en la época actual, la *espiritualidad* del trabajo demuestre aquella madurez que requieren las tensiones y las inquietudes de la mente y del corazón: «Los cristianos, lejos de pensar que las conquistas logradas por el hombre se oponen al poder de Dios y que la criatura racional pretende rivalizar con el Creador, están, por el contrario, persuadidos de que las victorias del hombre son signo de la grandeza de Dios y consecuencia de su inefable designio. Cuanto más se acrecienta el poder del hombre, más amplia es su responsabilidad individual y colectiva... El *mensaje cristiano* no aparta a los hombres de la edificación del mundo ni los lleva a despreocuparse del bien ajeno, sino que, al contrario, les impone como deber el hacerlo»³⁸.

La conciencia de que, a través del trabajo, el hombre participa en la obra de la creación, constituye el *móvil* más profundo para emprenderlo en sus varios sectores:

²⁸ Cf. Gén 2,2; Ex 20,8.11; Dt 5,12-14.

²⁹ Cf. Gén 2,3.

³⁰ Ap 15,3.

³¹ Gén 1,4.10.12.18.21.25.31.

³² Jn 5,17.

³³ Heb 4,1.9.10.

³⁴ Jn 14,2.

³⁵ Dt 5,12-14; Ex 20,8-12.

³⁶ Cf. Mt 25,21.

³⁷ CONC. ECUUM. VAT. II, const. past. sobre la Iglesia en el mundo actual, *Gaudium et spes* 34; AAS 58 (1966) p.1052s.

³⁸ Ibid.

«Deben, pues, los fieles —leemos en la constitución *Lumen gentium*— conocer la naturaleza íntima de todas las criaturas, su valor y su ordenación a la gloria de Dios; y además deben ayudarse entre sí, también mediante las actividades seculares, para lograr una vida más santa, de suerte que el mundo se impregne del espíritu de Cristo y alcance más eficazmente su fin en la justicia, la caridad y la paz... Procuren, pues, seriamente que, por su competencia en los asuntos profanos y por su actividad, elevada desde dentro por la gracia de Cristo, los bienes creados se desarrollen... según el plan del Creador y la iluminación de su Verbo, mediante el trabajo humano, la técnica y la cultura civil»³⁹.

Cristo, el hombre del trabajo

26. Esta verdad, según la cual a través del trabajo el hombre participa en la obra de Dios mismo, su Creador, ha sido particularmente *puesta de relieve por Jesucristo*, aquel Jesús ante el que muchos de sus primeros oyentes en Nazaret «permanecían estupefactos y decían: «¿De dónde le vienen a éste tales cosas y qué sabiduría es esta que le ha sido dada?... ¿No es acaso el carpintero?»⁴⁰ En efecto, Jesús no solamente lo anunciaba, sino que, ante todo, cumplía con el trabajo el «Evangelio» confiado a él, la palabra de la Sabiduría eterna. Por consiguiente, esto era también el «Evangelio del trabajo», pues *el que lo proclamaba, él mismo era hombre del trabajo*, del trabajo artesano, al igual que José de Nazaret⁴¹. Aunque en sus palabras no encontremos un preciso mandato de trabajar —más bien, una vez, la prohibición de una excesiva preocupación por el trabajo y la existencia⁴²—, no obstante, al mismo tiempo, la elocuencia de la vida de Cristo es inequívoca; pertenece al «mundo del trabajo», tiene reconocimiento y respeto por el trabajo humano; se puede decir incluso más: él *mira con amor el trabajo*, sus diversas manifestaciones, viendo en cada una de ellas un aspecto particular de la semejanza del hombre con Dios, Creador y

Padre. ¿No es Él quien dijo: «mi Padre es el viñador»...⁴³, transfiriendo de varias maneras a su enseñanza aquella verdad fundamental sobre el trabajo que se expresa ya en toda la tradición del Antiguo Testamento, comenzando por el libro del Génesis?

En los libros del Antiguo Testamento no faltan múltiples referencias al trabajo humano, a las diversas profesiones ejercidas por el hombre. Baste citar, por ejemplo, la de médico⁴⁴, farmacéutico⁴⁵, artesano-artista⁴⁶, herrero⁴⁷ —se podrían referir estas palabras al trabajo del siderúrgico de nuestros días—, la de alfarero⁴⁸, agricultor⁴⁹, estudioso⁵⁰, navegante⁵¹, albañil⁵², músico⁵³, pastor⁵⁴ y pescador⁵⁵. Son conocidas las hermosas palabras dedicadas al trabajo de las mujeres⁵⁶. Jesucristo, *en sus parábolas sobre el Reino de Dios*, se refiere constantemente al trabajo humano: al trabajo del pastor⁵⁷, del labrador⁵⁸, del médico⁵⁹, del sembrador⁶⁰, del dueño de casa⁶¹, del siervo⁶², del administrador⁶³, del pescador⁶⁴, del mercader⁶⁵, del obrero⁶⁶. Habla además de los distintos trabajos de las mujeres⁶⁷. Presenta el apostolado a semejanza del trabajo manual de los segadores⁶⁸ o de los pescadores⁶⁹. Además, se refiere al trabajo de los estudiosos⁷⁰.

Esta enseñanza de Cristo acerca del trabajo, basada en el ejemplo de su propia vida durante los años de

³⁹ CONC. ECUUM. V.AT. II, const. dogm. sobre la Iglesia, *Lumen gentium* 36: AAS 57 (1965) p.41.

⁴⁰ Mc 6,2-3.

⁴¹ Cf. Mt 13,55.

⁴² Cf. Mt 6,25-34.

⁴³ Jn 15,1.

⁴⁴ Cf. Eclo 38,1-3.

⁴⁵ Cf. Eclo 38,4-8.

⁴⁶ Cf. Ex 31,1-5; Eclo 38,27.

⁴⁷ Cf. Gén 4,22; Is 44,12.

⁴⁸ Cf. Jer 18,3-4; Eclo 38,29-30.

⁴⁹ Cf. Gén 9,20; Is 5,1-2.

⁵⁰ Cf. Ecl 12,9-12; Eclo 39,1-8.

⁵¹ Cf. Sal 107(108),23-30; Sab 14,2-3a.

⁵² Cf. Gén 11,3; 2 Re 12,12-13; 22,5-6.

⁵³ Cf. Gén 4,21.

⁵⁴ Cf. Gén 4,2; 37,3; Ex 3,1; 1 Sam 16,11, *passim*.

⁵⁵ Cf. Ez 47,10.

⁵⁶ Cf. Prov 31,15-27.

⁵⁷ Por ejemplo, Jn 10,1-16.

⁵⁸ Cf. Mc 12,1-12.

⁵⁹ Cf. Lc 4,23.

⁶⁰ Cf. Mc 4,1-9.

⁶¹ Cf. Mt 13,52.

⁶² Cf. Mt 24,45; Lc 12,42-48.

⁶³ Cf. Lc 16,1-8.

⁶⁴ Cf. Mt 13,47-50.

⁶⁵ Cf. Mt 13,45-46.

⁶⁶ Cf. Mt 20,1-16.

⁶⁷ Cf. Mt 13,33; Lc 15,8-9.

⁶⁸ Cf. Mt 9,37; Jn 4,35-38.

⁶⁹ Cf. Mt 4,19.

⁷⁰ Cf. Mt 13,52.

Nazaret, encuentra un eco particularmente vivo en las enseñanzas del apóstol Pablo. Este se gloraba de trabajar en su oficio (probablemente fabricaba tiendas)⁷¹, y gracias a esto podía también, como apóstol, ganarse por sí mismo el pan⁷². «Con afán y con fatiga, trabajamos día y noche para no ser gravosos a ninguno de vosotros»⁷³. De aquí derivan sus instrucciones sobre el tema del trabajo, que tienen carácter de exhortación y mandato: «A éstos... recomendamos y exhortamos en el Señor Jesucristo que, trabajando sossegadamente, coman su pan»; así escribe a los tesalonicenses⁷⁴. En efecto, constatando que «algunos viven entre vosotros desordenadamente, sin hacer nada»⁷⁵, el Apóstol también, en el mismo contexto, no vacilará en decir: «El que no quiere trabajar, no coma»⁷⁶. En otro pasaje, por el contrario, anima a que «todo lo que hagáis, hacedlo de corazón, como obedeciendo al Señor y no a los hombres, teniendo en cuenta que del Señor recibiréis por recompensa la herencia»⁷⁷.

Las enseñanzas del Apóstol de las Gentes tienen, como se ve, una importancia capital para la moral y la espiritualidad del trabajo humano. Son un importante complemento a aquel grande, aunque sencillo y humilde, «Evangelió del trabajo», que encontramos en la vida de Cristo y en sus parábolas, en lo que Jesús «hizo y enseñó»⁷⁸.

Sobre la base de estas luces emanantes de la Fuente misma, la Iglesia siempre ha proclamado esto, cuya expresión contemporánea encontramos en las enseñanzas del Vaticano II: «La actividad humana, así como procede del hombre, así también se ordena al hombre. Pues éste, con su acción, no sólo transforma las cosas y la sociedad, sino que se perfecciona a sí mismo. Aprende mucho, cultiva sus facultades, se supera y se trasciende. Tal superación, rectamente entendida, es más impor-

tante que las riquezas exteriores que puedan acumularse... Por tanto, esta es la norma de la actividad humana, que, de acuerdo con los designios y voluntad divinos, sea conforme al auténtico bien del género humano y permita al hombre, como individuo y miembro de la sociedad, cultivar y realizar íntegramente su plena vocación»⁷⁹.

En el contexto de tal visión de los valores del trabajo humano, o sea, de una concreta espiritualidad del trabajo, se explica plenamente lo que en el mismo número de la constitución pastoral del Concilio leemos sobre el tema del justo significado del progreso: «El hombre vale más por lo que es que por lo que tiene. Asimismo, cuanto llevan a cabo los hombres para lograr más justicia, mayor fraternidad y un planteamiento más humano en los problemas sociales, vale más que los progresos técnicos. Pues dichos progresos pueden ofrecer, como si dijéramos, el material para la promoción humana, pero por sí solos no pueden llevarla a cabo»⁸⁰.

Esta doctrina sobre el problema del progreso y del desarrollo —tema dominante en la mentalidad moderna— puede ser entendida únicamente como fruto de una comprobada espiritualidad del trabajo humano, y sólo sobre la base de tal espiritualidad ella puede realizarse y ser puesta en práctica. Esta es la doctrina y, a la vez, el programa, que aborda sus raíces en el «Evangelió del trabajo»

El trabajo humano a la luz de la cruz y resurrección de Cristo

27. Existe todavía otro aspecto del trabajo humano, una dimensión suya esencial, en la que la espiritualidad fundada sobre el Evangelio penetra profundamente. Todo trabajo —tanto manual como intelectual— está unido, inevitablemente, a la fatiga. El libro del Génesis lo expresa de manera verdaderamente penetrante, contraponiendo a aquella originaria bendición del trabajo contenida en el misterio mismo de la creación, y unida a la elevación del hombre como imagen de Dios, la maldición que el pecado ha llevado consigo:

⁷¹ Cf. Act 18,3.

⁷² Cf. Act 20,34-35.

⁷³ 2 Tes 3,8. San Pablo reconoce a los misioneros el derecho a los medios de subsistencia: 1 Cor 9,6-14; Gal 6,6; 2 Tes 3,8; cf. Lc 10,7.

⁷⁴ 2 Tes 3,12.

⁷⁵ 2 Tes 3,11.

⁷⁶ 2 Tes 3,10.

⁷⁷ Col 3,23-24.

⁷⁸ Act 1,1.

⁷⁹ CONC. ECOM. VAT. II, const. past. sobre la Iglesia en el mundo actual, *Gaudium et spes* 15: AAS 58 (1966) p.1053.

⁸⁰ Ibid.

«Por ti será maldita la tierra. Con trabajo comerás de ella todo el tiempo de tu vida»⁸¹. Este dolor unido al trabajo señala el camino de la vida humana sobre la tierra y constituye *el anuncio de la muerte*: «Con el sudor de tu rostro comerás el pan hasta que vuelvas a la tierra, pues de ella has sido tomado...»⁸². Casi como un eco de estas palabras, se expresa el autor de uno de los libros sapienciales: «Entonces miré todo cuanto habían hecho mis manos y todos los afanes que al hacerlo tuve...»⁸³. No existe un hombre en la tierra que no pueda hacer suyas estas palabras.

El Evangelio pronuncia, en cierto modo, su última palabra, también al respecto, en el misterio pascual de Jesucristo. Y aquí también es necesario buscar la respuesta a estos problemas tan importantes para la espiritualidad del trabajo humano. *En el misterio pascual* está contenida la *cruz* de Cristo, su obediencia hasta la muerte, que el Apóstol contrapone a aquella desobediencia que ha pesado desde el comienzo a lo largo de la historia del hombre en la tierra⁸⁴. Está contenida en él también la *elevación* de Cristo, el cual, mediante la muerte de cruz, vuelve a sus discípulos con la fuerza del Espíritu Santo en la *resurrección*.

El sudor y la fatiga que el trabajo necesariamente lleva en la condición actual de la humanidad, ofrecen al cristiano y a cada hombre, que ha sido llamado a seguir a Cristo, la posibilidad de participar en el amor a la obra que Cristo ha venido a realizar⁸⁵. Esta obra de salvación se ha realizado a través del sufrimiento y de la muerte de cruz. Soportando la fatiga del trabajo en unión con Cristo crucificado por nosotros, el hombre colabora, en cierto modo, con el Hijo de Dios en la redención de la humanidad. Se muestra verdadero discípulo de Jesús llevando, a su vez, la cruz de cada día⁸⁶ en la actividad que ha sido llamado a realizar.

Cristo, «sufriendo la muerte por todos nosotros pecadores, nos enseña con su ejemplo a llevar la cruz que la carne y el mundo echan sobre los hombros de los

que buscan la paz y la justicia»; pero al mismo tiempo, «constituido Señor por su *resurrección*», Cristo, al que le ha sido dada toda potestad en el cielo y en la tierra, obra ya, por la virtud de su Espíritu, en el corazón del hombre... purificando y robusteciendo también, con ese deseo, aquellos generosos propósitos con los que la familia humana intenta *hacer más llevadera su propia vida* y someter la tierra a este fin»⁸⁷.

En el trabajo humano, el cristiano descubre una pequeña parte de la cruz de Cristo y la acepta con el mismo espíritu de redención con el cual Cristo ha aceptado su cruz por nosotros. En el trabajo, merced a la luz que penetra dentro de nosotros por la *resurrección* de Cristo, encontramos siempre un *tenue resplandor* de la vida nueva, del *nuevo bien*, casi como un anuncio de los «nuevos cielos y otra tierra nueva»⁸⁸, los cuales precisamente, mediante la fatiga del trabajo, son participados por el hombre y por el mundo. A través del cansancio y jamás sin él. Esto confirma, por una parte, lo indispensable de la cruz en la espiritualidad del trabajo humano; pero, por otra parte, se descubre en esta cruz y fatiga un bien nuevo que comienza con el mismo trabajo; con el trabajo entendido en profundidad y bajo todos sus aspectos, y jamás sin él.

¿No es ya este *nuevo bien* —fruto del trabajo humano— una pequeña parte de aquella «tierra nueva» en la que mora la justicia?⁸⁹ ¿En qué relación está ese nuevo bien con la *resurrección de Cristo*, si es verdad que la múltiple fatiga del trabajo del hombre es una pequeña parte de la cruz de Cristo? También a esta pregunta intenta responder el Concilio, tomando la luz de las mismas fuentes de la Palabra revelada: «Se nos advierte que de nada le sirve al hombre ganar todo el mundo si se pierde a sí mismo (cf. Lc 9,25). No obstante, la esperanza de una tierra nueva no debe amortiguar, sino más bien avivar, la preocupación de perfeccionar esta tierra, donde crece el cuerpo de la nueva familia humana, el cual puede, de alguna manera, anticipar una vislumbre del siglo nuevo. Por ello, aunque hay que distinguir

⁸¹ Gén 3,17.

⁸² Gén 3,19.

⁸³ Ecl 2,11.

⁸⁴ Cf. Rom 5,19.

⁸⁵ Cf. Jn 17,4.

⁸⁶ Cf. Lc 9,23.

⁸⁷ CONC. ECUM. VAT. II, const. past. sobre la Iglesia en el mundo actual, *Gaudium et spes* 38: AAS 58 (1966) p.1055s.

⁸⁸ Cf. 2 Pe 3,13; Ap 21,1.

⁸⁹ Cf. 2 Pe 3,13.

ciudadamente progreso temporal y crecimiento del Reino de Cristo, sin embargo, el primero, en cuanto puede contribuir a ordenar mejor la sociedad humana, interesa en gran medida al reino de Dios»⁹⁰.

Hemos intentado, en estas reflexiones dedicadas al trabajo humano, resaltar todo lo que parecía indispensable, dado que a través de él deben multiplicarse sobre la tierra no sólo «los frutos de nuestro esfuerzo», sino, además, «la dignidad humana, la unión fraterna y la libertad»⁹¹. El cristiano que está en actitud de escucha de la Palabra del Dios vivo, uniendo el trabajo a la oración, sepa que puesto ocupa su trabajo no sólo en el *progreso terreno*, sino también en el *desarrollo del Reino de Dios*, al que todos somos llamados con el fuerza del Espíritu Santo y con la palabra del Evangelio.

Al finalizar estas reflexiones, me es grato impartir de corazón a vosotros, venerados hermanos, hijos e hijas amadísimos, la propiciadora bendición apostólica.

Este documento, que había preparado para que fuese publicado el día 15 de mayo pasado, con ocasión del 90 aniversario de la encíclica *Rerum novarum*, he podido revisarlo definitivamente sólo después de mi permanencia en el hospital.

Dado en Castelgandolfo el 14 de septiembre, fiesta de la Exaltación de la Santa Cruz, del año tercero de mi pontificado.

JOANNES PAULUS, PP. II

ENCÍCLICA «SOLlicitudo Rei Socialis»

EN EL VIGESIMO ANIVERSARIO DE LA

«POPULORUM PROGRESSIO»

INTRODUCCION DE

JAVIER GOROSQUIETA

⁹⁰ CONC. ECUM. VAT. II, const. past. sobre la Iglesia en el mundo actual, *Gaudium et spes* 39: AAS 58 (1966) p.1057.

⁹¹ Ibid.

Entonces a conciencia de la paternidad común de Dios, de la hermandad de todos los hombres en Cristo, «hijos en el Hijo», de la presencia y acción vivificadora del Espíritu Santo, conferirá a nuestra mirada sobre el mundo un *nuevo criterio* para interpretarlo. Por encima de los vínculos humanos y naturales, tan fuertes y profundos, se percibe a la luz de la fe un nuevo *modelo de unidad* del género humano, en el cual debe inspirarse en última instancia la solidaridad. Este supremo *modelo de unidad*, reflejo de la vida íntima de Dios, Uno en tres Personas, es lo que los cristianos expresamos con la palabra «comunión». Esta comunión, específicamente cristiana, celosamente custodiada, extendida y enriquecida con la ayuda del Señor, es *el alma* de la vocación de la Iglesia a ser «sacramento», en el sentido ya indicado.

Por eso la solidaridad debe cooperar en la realización de este designio divino, tanto a nivel individual como a nivel nacional e internacional. Los «mecanismos perversos» y las «estructuras de pecado», de que hemos hablado, sólo podrán ser vencidos mediante el ejercicio de la solidaridad humana y cristiana, a la que la Iglesia invita y que promueve incansablemente. Sólo así tantas energías positivas podrán ser dedicadas plenamente en favor del desarrollo y de la paz.

Muchos santos canonizados por la Iglesia dan *admirable testimonio* de esta solidaridad y sirven de ejemplo en las difíciles circunstancias actuales. Entre ellos deseo recordar a San Pedro Claver, con su servicio a los esclavos en Cartagena de Indias, y a San Maximiliano María Kolbe, dando su vida por un prisionero desconocido en el campo de concentración de Auschwitz-Oswiecim.

VI. ALGUNAS ORIENTACIONES PARTICULARES

41. La Iglesia no tiene *soluciones técnicas* que ofrecer al problema del subdesarrollo en cuanto tal, como ya afirmó el papa Pablo VI en su encíclica ⁶⁹. En efecto, no propone sistemas o programas económicos y políticos, ni manifiesta preferencias por unos o por otros, con tal que la dignidad del hombre sea debidamente respetada y promo-

⁶⁹ Cf. *ibid.*, 13; 81: l.c., p.263s; p.296s.

vida y ella goce del espacio necesario para ejercer su ministerio en el mundo.

Pero la Iglesia es «experta en humanidad» ⁷⁰, y esto la mueve a extender necesariamente su misión religiosa a los diversos campos en que los hombres y mujeres desarrollan sus actividades, en busca de la felicidad, aunque siempre relativa, que es posible en este mundo, de acuerdo con su dignidad de personas.

Siguiendo a mis predecesores, he de repetir que el desarrollo, para que sea auténtico, es decir, conforme a la dignidad del hombre y de los pueblos, no puede ser reducido solamente a un problema «técnico». Si se le reduce a esto, se le despoja de su verdadero contenido y se traiciona al hombre y a los pueblos, a cuyo servicio debe ponerse.

Evangelización y doctrina social de la Iglesia

Por eso la Iglesia tiene *una palabra que decir*, tanto hoy como hace veinte años, así como en el futuro, sobre la naturaleza, condiciones, exigencias y finalidades del verdadero desarrollo y sobre los obstáculos que se oponen a él. Al hacerlo así cumple su misión *evangelizadora*, ya que da su *primera contribución* a la solución del problema urgente del desarrollo cuando proclama la verdad sobre Cristo, sobre sí misma y sobre el hombre, aplicándola a una situación concreta ⁷¹.

A este fin, la Iglesia utiliza como *instrumento su doctrina social*. En la difícil coyuntura actual, para favorecer tanto el planteamiento correcto de los problemas como sus soluciones mejores, podrá ayudar mucho un *conocimiento más exacto y una difusión más amplia* del «conjunto de principios de reflexión, de criterios de juicio y de directrices de acción» propuestos por su enseñanza ⁷².

Se observará así inmediatamente que las cuestiones que afrontamos son ante todo morales; y que ni el análisis del

⁷⁰ Cf. *ibid.*, 13: l.c., p.263.

⁷¹ Cf. discurso de apertura de la III Conferencia General del Episcopado Latinoamericano (28 de enero de 1979): AAS 71 (1979) p.189-196.

⁷² CONGR. PARA LA DOCTRINA DE LA FE, instrucción sobre libertad cristiana y liberación *Libertatis conscientia* (22 de marzo de 1986) 72: AAS 79 (1987) p.586; PABLO VI, carta apost. *Octogesima adveniens* (14 de mayo de 1971) 4: AAS 63 (1971) p.403s.

problema del desarrollo como tal ni los medios para superar las presentes dificultades pueden prescindir de esta dimensión esencial.

La doctrina social de la Iglesia no es, pues, una «tercera vía» entre el *capitalismo liberal* y el *colectivismo marxista*, y ni siquiera una posible alternativa a otras soluciones menos contrapuestas radicalmente, sino que tiene una *categoría propia*. No es tampoco una *ideología*, sino la *concreta formulación* del resultado de una atenta reflexión sobre las complejas realidades de la vida del hombre en la sociedad y en el contexto internacional, a la luz de la fe y de la tradición eclesial. Su objetivo principal es *interpretar* esas realidades, examinando su conformidad o diferencia con lo que el Evangelio enseña acerca del hombre y su vocación terrena y, a la vez, trascendente, para *orientar* en consecuencia la conducta cristiana. Por tanto, no pertenece al ámbito de la *ideología*, sino al de la *teología*, y esencialmente de la teología moral.

La enseñanza y la difusión de esta doctrina social forma parte de la misión evangelizadora de la Iglesia. Y como se trata de una doctrina que debe orientar la *conducta de las personas*, tiene como consecuencia el «compromiso por la justicia» según la función, vocación y circunstancias de cada uno.

Al ejercicio de este *ministerio de evangelización* en el campo social, que es un aspecto de la *función profética* de la Iglesia, pertenece también la *denuncia* de los males y de las injusticias. Pero conviene aclarar que el *anuncio* es siempre más importante que la *denuncia*, y que ésta no puede prescindir de aquél, que le brinda su verdadera consistencia y la fuerza de su motivación más alta.

Amor preferencial por los pobres

42. La doctrina social de la Iglesia, hoy más que nunca, tiene el deber de abrirse a una *perspectiva internacional* en la línea del Concilio Vaticano II⁷³, de las recientes encíclicas⁷⁴ y, en particular, de la que conmemoramos⁷⁵.

⁷³ Cf. CONC. ECUM. VAT. II, const. past. *Gaudium et spes*, sobre la Iglesia en el mundo actual, parte II, c.V, sec.II: «La construcción de la comunidad internacional» (n.83-90).

⁷⁴ Cf. JUAN XXIII, carta encíc. *Mater et Magistra* (15 de mayo de 1961);

No será, pues, superfluo examinar de nuevo y profundizar bajo esta luz los temas y las orientaciones características tratados por el Magisterio en estos años.

Entre dichos temas quiero señalar aquí la *opción* o *amor preferencial* por los pobres. Esta es una opción o una *forma especial* de primacía en el ejercicio de la caridad cristiana, de la cual da testimonio toda la tradición de la Iglesia. Se refiere a la vida de cada cristiano, en cuanto imitador de la vida de Cristo, pero se aplica igualmente a nuestras *responsabilidades sociales* y, consiguientemente, a nuestro modo de vivir y a las decisiones que se deben tomar coherentemente sobre la propiedad y el uso de los bienes.

Pero hoy, vista la dimensión mundial que ha adquirido la cuestión social⁷⁶, este amor preferencial, con las decisiones que nos inspira, no puede dejar de abarcar a las inmensas muchedumbres de hambrientos, mendigos, sin techo, sin cuidados médicos y, sobre todo, sin esperanza de un futuro mejor: no se puede olvidar la existencia de esta realidad. Ignorarla significaría parecernos al «rico epulón», que fingía no conocer al mendigo Lázaro, posado a su puerta (cf. Lc 16,19-31)⁷⁷.

Nuestra *vida cotidiana*, así como nuestras decisiones en el campo político y económico, deben estar marcadas por estas realidades. Igualmente los *responsables* de las naciones y los *mismos organismos internacionales*, mientras han de tener siempre presente como prioritaria en sus planes la verdadera dimensión humana, no han de olvidar dar la prelación al fenómeno de la creciente pobreza. Por desgracia, los pobres, lejos de disminuir, se multiplican no sólo en los países menos desarrollados, sino también en los más desarrollados, lo cual resulta no menos escandaloso.

Es necesario recordar una vez más aquel principio peculiar de la doctrina cristiana: los bienes de este mundo están *originariamente destinados a todos*⁷⁸. El derecho a la

AAS 53 (1961) p.440; carta encíc. *Pacem in terris* (11 de abril de 1963), parte IV: AAS 55 (1963) p.291-296; PABLO VI, carta apost. *Octogesima adveniens* (14 de mayo de 1971) 2-4; AAS 63 (1971) p.402-404.

⁷⁵ Cf. carta encíc. *Populorum progressio* 3, 9: Lc., p.258, 261.

⁷⁶ *Ibid.*, 3: Lc., p.258.

⁷⁷ Carta encíc. *Populorum progressio* 47: Lc., 280; CONGR. PARA LA DOCTRINA DE LA FE, Instrucción sobre libertad cristiana y liberación *Libertatis conscientia* (22 de marzo de 1986) 68: AAS 79 (1987) p.583s.

⁷⁸ Cf. CONC. ECUM. VAT. II, const. past. *Gaudium et spes*, sobre la Iglesia

propiedad privada es *válido y necesario*, pero no anula el valor de tal principio. En efecto, sobre ella grava «una hipoteca social»⁷⁹, es decir, posee, como cualidad intrínseca, una función social fundada y justificada precisamente sobre el principio del destino universal de los bienes. En este empeño por los pobres no ha de olvidarse aquella forma especial de pobreza que es la privación de los derechos fundamentales de la persona, en concreto el derecho a la libertad religiosa y el derecho, también, a la iniciativa económica.

Acciones concretas

43. Esta preocupación acuciante por los pobres —que, según la significativa fórmula, son «los pobres del Señor»⁸⁰— debe traducirse, a todos los niveles, en acciones concretas hasta *avanzar decididamente* algunas reformas necesarias. Depende de cada situación local determinar las más urgentes y los modos para realizarlas; pero no conviene olvidar las exigidas por la situación de desequilibrio internacional que hemos descrito.

A este respecto, deseo recordar particularmente: la *reforma del sistema internacional de comercio*, hipotecado por el proteccionismo y el creciente bilateralismo; la *reforma del sistema monetario y financiero mundial*, reconocido hoy como insuficiente; la *cuestión de los intercambios de tecnologías* y de su uso adecuado; la *necesidad de una revisión de la estructura de las organizaciones internacionales* existentes en el marco de un orden jurídico internacional.

El *sistema internacional de comercio* hoy discrimina frecuentemente los productos de las industrias incipientes de los países en vías de desarrollo, mientras desalienta a los productores de materias primas. Existe, además, una cierta

en el mundo actual, 69; PABLO VI, carta encíc. *Populorum progressio* 22: Lc., p. 268; CONGR. PARA LA DOCTRINA DE LA FE, instrucción sobre libertad cristiana y liberación *Libertatis conscientia* (22 de marzo de 1986) 90; AAS 79 (1987) p. 594; S. TOMÁS DE AQUINO, *Summa theol.* II-II, q. 66, art. 2.

⁷⁹ Cf. discurso de apertura de la III Conferencia General del Episcopado Latinoamericano (28 de enero de 1979): AAS 71 (1979) p. 189-196; discurso a un grupo de obispos de Polonia en visita «ad limina apostolorum» (17 de diciembre de 1988).

⁸⁰ Porque el Señor ha querido identificarse con ellos (Mt 25,31-46) y cuida de ellos (cf. Sal 121[1],6; Lc 1,52s).

división *internacional del trabajo*, por la cual los productos a bajo coste de algunos países, carentes de leyes laborales eficaces o demasiado débiles en aplicarlas, se venden en otras partes del mundo con considerables beneficios para las empresas dedicadas a este tipo de producción, que no conoce fronteras.

El *sistema monetario y financiero mundial* se caracteriza por la excesiva fluctuación de los métodos de intercambio y de interés, en detrimento de la balanza de pagos y de la situación de endeudamiento de los países pobres.

Las *tecnologías y sus transferencias* constituyen hoy uno de los problemas principales del intercambio internacional y de los graves daños que se derivan de ellos. No son raros los casos de países en vías de desarrollo a los que se niegan las tecnologías necesarias o se les envían las inútiles.

Las *organizaciones internacionales*, en opinión de muchos, habrían llegado a un momento de su existencia en el que sus mecanismos de funcionamiento, los costes operativos y su eficacia requirieran un examen atento y eventuales correcciones. Evidentemente, no se conseguirá tan delicado proceso sin la colaboración de todos. Esto supone la superación de las rivalidades políticas y la renuncia a la voluntad de instrumentalizar dichas organizaciones, cuya razón única debe ser el *bien común*.

Las instituciones y las organizaciones existentes han actuado bien en favor de los pueblos. Sin embargo, la humanidad, enfrentada a una etapa nueva y más difícil de su auténtico desarrollo, necesita hoy un *grado superior de ordenamiento internacional*, al servicio de las sociedades, de las economías y de las culturas del mundo entero.

44. El desarrollo requiere, sobre todo, espíritu de iniciativa por parte de los mismos países que lo necesitan⁸¹. Cada uno de ellos ha de actuar según sus propias responsabilidades, *sin esperar todo* de los países más favorecidos y actuando en colaboración con los que se encuentran en la misma situación. Cada uno debe descubrir

⁸¹ Carta encíc. *Populorum progressio* 55: Lc., p. 284: «... es precisamente a estos hombres y mujeres a quienes hay que ayudar, a quienes hay que convencer que realicen ellos mismos su propio desarrollo y que adquieran progresivamente los medios para ellos»; cf. const. past. *Gaudium et spes*, sobre la Iglesia en el mundo actual, 86.

y aprovechar lo mejor posible el espacio de su *propia libertad*. Cada uno debería llegar a ser capaz de iniciativas que respondan a las propias exigencias de la sociedad. Cada uno debería darse cuenta también de las necesidades reales, así como de los derechos y deberes a que tienen que hacer frente. El desarrollo de los pueblos comienza y encuentra su realización más adecuada en el compromiso de cada pueblo para su desarrollo, en colaboración con todos los demás.

Es importante, además, que las mismas naciones en vías de desarrollo favorezcan la *autoafirmación* de cada uno de sus ciudadanos mediante el acceso a una mayor cultura y a una libre circulación de las informaciones. Todo lo que favorezca la *alfabetización* y la *educación de base*, que la profundice y complete, como proponía la encíclica *Populorum progressio*⁸² —metas todavía lejos de ser realidad en tantas partes del mundo—, es una contribución directa al verdadero desarrollo.

Para caminar en esta dirección, las mismas naciones han de individuar sus *prioridades* y detectar bien las propias necesidades según las particulares condiciones de su población, de su ambiente geográfico y de sus tradiciones culturales.

Algunas naciones deberán incrementar la *producción alimentaria* para tener siempre a su disposición lo necesario para la nutrición y la vida. En el mundo contemporáneo —en el que el hambre causa tantas víctimas, especialmente entre los niños— existen algunas naciones particularmente no desarrolladas que han conseguido el objetivo de la *autosuficiencia alimentaria* y que se han convertido en exportadoras de alimentos.

Otras naciones necesitan reformar algunas estructuras y, en particular, sus *instituciones políticas*, para sustituir regímenes corrompidos, dictatoriales o autoritarios, por otros *democráticos y participativos*. Es un proceso que es de esperar se extienda y consolide, porque la «salud» de una comunidad política —en cuanto se expresa mediante la libre participación y responsabilidad de todos los ciudadanos en la gestión pública, la seguridad del derecho, el respeto y la promoción de los derechos humanos— es *condición*

⁸² Carta encíc. *Populorum progressio* 35: lc., p.274: «la educación básica es el primer objetivo de un plan de desarrollo».

necesaria y garantía segura para el desarrollo de «todo el hombre y de todos los hombres».

45. Cuanto se ha dicho no se podrá realizar *sin la colaboración de todos*, especialmente de la comunidad internacional, en el marco de una *solidaridad* que abarque a todos, empezando por los más marginados. Pero las mismas naciones en vías de desarrollo tienen el deber de practicar la *solidaridad entre sí* y con los países más marginados del mundo.

Es de desear, por ejemplo, que naciones de una misma *área geográfica* establezcan *formas de cooperación* que las hagan menos dependientes de productores más poderosos; que abran sus fronteras a los productos de esa zona; que examinen la eventual complementariedad de sus productos, que se asocien para la dotación de servicios que cada una por separado no sería capaz de proveer; que extiendan esa cooperación al sector monetario y financiero.

La *interdependencia* es ya una realidad en muchos de estos países. Reconocerla, de manera que sea más activa, represente una alternativa a la excesiva dependencia de países más ricos y poderosos, en el orden mismo del desarrollo deseado, sin oponerse a nadie, sino descubriendo y valorizando al máximo *las propias responsabilidades*. Los países en vías de desarrollo de una misma área geográfica, sobre todo los comprendidos en la zona «sur», pueden y deben constituir —como ya se comienza a hacer con resultados prometedores— *nuevas organizaciones regionales* inspiradas en criterios de *igualdad, libertad y participación* en el concierto de las naciones.

La *solidaridad* universal requiere, como condición indispensable, su autonomía y libre disponibilidad, incluso dentro de asociaciones como las indicadas. Pero, al mismo tiempo, requiere disponibilidad para aceptar los sacrificios necesarios por el bien de la comunidad mundial.

VII. CONCLUSIÓN

La verdadera liberación

46. Los pueblos y los individuos aspiran a su *liberación*: la búsqueda del pleno desarrollo es el signo de su deseo de superar los múltiples obstáculos que les impiden gozar de una «vida más humana».

Recientemente, en el período siguiente a la publicación de la encíclica *Populorum progressio*, en algunas áreas de la Iglesia católica, particularmente en América Latina, se ha difundido un nuevo modo de afrontar los problemas de la miseria y del subdesarrollo, que hace de la *liberación* su categoría fundamental y su primer principio de acción. Los valores positivos, pero también las desviaciones y los peligros de desviación, unidos a esta forma de reflexión y de elaboración teológica, han sido convenientemente señalados por el magisterio de la Iglesia.⁸³

Conviene señalar que la aspiración a la liberación de toda forma de esclavitud, relativa al hombre y a la sociedad, es algo noble y válido. A esto mira propiamente el desarrollo y la liberación, dada la íntima conexión existente entre estas dos realidades.

Un desarrollo solamente económico no es capaz de liberar al hombre; al contrario, lo esclaviza todavía más. Un desarrollo que no abarque la *dimensión cultural, trascendente y religiosa* del hombre y de la sociedad, en la medida en que no reconoce la existencia de tales dimensiones, no orienta en función de las mismas sus objetivos y prioridades; contribuiría aún menos a la verdadera liberación. El ser humano es totalmente libre sólo cuando es *él mismo*, en la plenitud de sus derechos y deberes; y lo mismo cabe decir de toda la sociedad.

El principal obstáculo que la verdadera liberación debe vencer es el *pecado* y las *estructuras* que llevan al mismo a medida que se multiplican y se extienden.⁸⁴

La libertad con la cual Cristo nos ha liberado (cf. Gál 5,1) nos mueve a convertirnos en siervos de todos. De esta manera el proceso del *desarrollo* y de la *liberación* se concreta en el ejercicio de la *solidaridad*, es decir, del amor y servicio al prójimo, particularmente a los más pobres. «Porque donde faltan la verdad y el amor, el proceso de

⁸³ Cf. CONGR. PARA LA DOCTRINA DE LA FÉ, instrucción sobre algunos aspectos de la teología de la liberación *Libertatis nuntius* (6 de agosto de 1984), Introducción: AAS 76 (1984) p.876s.

⁸⁴ Cf. exhort. apost. *Reconciliatio et paenitentia* (2 de diciembre de 1984) 16: AAS 77 (1985) p.213-217; CONGR. PARA LA DOCTRINA DE LA FÉ, instrucción sobre la libertad cristiana y liberación *Libertatis conscientia* (22 de marzo de 1986) 38.42: AAS 79 (1987) p.569.571.

liberación lleva a la muerte de una libertad que habría perdido todo apoyo»⁸⁵.

47. En el marco de las *tristes experiencias* de estos últimos años y del *panorama prevalentemente negativo* del momento presente, la Iglesia debe afirmar con fuerza la *posibilidad* de la superación de las trabas que por exceso o por defecto se interponen al desarrollo y la *confianza* en una verdadera *liberación*. Confianza y posibilidad fundadas, en última instancia, en la *conciencia que la Iglesia tiene* de la promesa divina, en virtud de la cual la historia presente no está cerrada en sí misma, sino abierta al reino de Dios.

La Iglesia tiene también *confianza en el hombre*, aun conociendo la maldad de que es capaz, porque sabe bien —no obstante el pecado heredado y el que cada uno puede cometer— que hay en la persona humana suficientes cualidades y energías, y hay una «bondad» fundamental (cf. Gén 1,31), porque es imagen de su Creador, puesta bajo el influjo redentor de Cristo, «cercano a todo hombre»⁸⁶, y porque la acción eficaz del Espíritu Santo «llena la tierra» (Sab 1,7).

Una tarea que nos compromete a todos

Por tanto, no se justifican ni la desesperación, ni el pesimismo, ni la pasividad. Aunque con tristeza, conviene decir que, así como se puede pecar por egoísmo, por afán de ganancia exagerada y de poder, *se puede faltar también* —ante las urgentes necesidades de unas muchedumbres hundidas en el subdesarrollo— por *temor, indecisión* y, en el fondo, por *cobardía*. Todos estamos llamados, más aun, *obligados*, a afrontar este *tremendo desafío* de la última década del segundo milenio. Y ello porque unos peligros ineliminables nos amenazan a todos: una crisis económica mundial, una guerra sin fronteras, sin vencedores ni vencidos. Ante semejante amenaza, la distinción entre personas y países ricos, entre personas y países pobres, *contará poco*,

⁸⁵ CONGR. PARA LA DOCTRINA DE LA FÉ, instrucción sobre la libertad cristiana y liberación *Libertatis conscientia* (22 de marzo de 1986) 24: AAS 79 (1987) p.564.

⁸⁶ Cf. CONC. ECUM. VAT. II, const. past. *Gaudium et spes*, sobre la Iglesia en el mundo actual, 22; JUAN PABLO II, carta enc. *Redemptor hominis* (4 de marzo de 1979) 8: AAS 71 (1979) p.272.

salvo por la mayor responsabilidad de los que tienen más y pueden más.

Pero éste no es el *único ni el principal motivo*. Lo que está en juego es la *dignidad de la persona humana*, cuya *defensa y promoción* nos han sido confiadas por el Creador, y de las que son figurosa y responsablemente deudores los hombres y mujeres en cada coyuntura de la historia. El panorama actual —como muchos ya perciben más o menos claramente— no parece responder a esta dignidad. *Cada uno* está llamado a ocupar su propio lugar en esta campaña *pacífica* que hay que realizar con medios *pacíficos* para conseguir *el desarrollo en la paz*, para salvaguardar la misma naturaleza y el mundo que nos circunda. También la Iglesia se siente profundamente implicada en este camino, en cuyo éxito final espera.

Por eso, siguiendo la encíclica *Populorum progressio*, del papa Pablo VI⁸⁷, con sencillez y humildad, quiero *dirigirme a todos*, hombres y mujeres sin excepción, para que, convencidos de la gravedad del momento presente y de la respectiva responsabilidad individual, pongamos por obra —con el estilo personal y familiar de vida, con el uso de los bienes, con la participación como ciudadanos, con la colaboración en las decisiones económicas y políticas y con la propia actuación a nivel nacional e internacional— las medidas inspiradas en la solidaridad y en el amor preferencial por los pobres. Así lo requiere el momento, así lo exige sobre todo la dignidad de la persona humana, imagen indestructible de Dios Creador, *idéntica* en cada uno de nosotros.

En este empeño deben ser ejemplo y guía los hijos de la Iglesia, llamados, según el programa enunciado por el mismo Jesús en la sinagoga de Nazaret, a «anunciar a los pobres la buena nueva...» a proclamar la liberación de los cautivos, la vista a los ciegos, para dar la libertad a los oprimidos y proclamar un año de gracia del Señor» (Lc 4,18-19). Y en esto conviene subrayar el *papel preponderante* que cabe a los *laicos*, hombres y mujeres, como se ha dicho varias veces durante la reciente Asamblea sinodal. A ellos

⁸⁷ Carta encíc. *Populorum progressio* 5: lc., p.259: «Pensamos que este programa puede y debe juntar a los hombres de buena voluntad con nuestros hijos católicos y hermanos cristianos»; cf. también n.81-83; 87: lc., p.296-298; 299.

competen animar, con su compromiso cristiano, las realidades, y en ellas, procurar ser testigos y operadores de paz y de justicia.

Quiero dirigirme especialmente a quienes, por el sacramento del bautismo y la profesión de un mismo credo, comparten con nosotros una *verdadera comunión*, aunque imperfecta. Estoy seguro de que tanto la preocupación que esta encíclica transmite como las motivaciones que la animan les *serán familiares*, porque están inspiradas en el Evangelio de Jesucristo. Podemos encontrar aquí una nueva invitación a dar un *testimonio unánime* de nuestras *comunes convicciones* sobre la dignidad del hombre, creado por Dios, redimido por Cristo, santificado por el Espíritu y llamado en este mundo a vivir una vida conforme a esta dignidad.

A quienes comparten con nosotros la herencia de Abraham, «nuestro padre en la fe» (cf. Rom 4,11s)⁸⁸, y la tradición del Antiguo Testamento, es decir, los judíos; y a quienes, como nosotros, creen en Dios justo y misericordioso, es decir, los musulmanes, *dirijo igualmente* esta llamada, que hago extensiva también a todos los seguidores de las *grandes religiones del mundo*.

El encuentro del 27 de septiembre del año pasado en Asís, ciudad de San Francisco, para orar y comprometernos *por la paz* —cada uno en *fidelidad* a la propia profesión religiosa— nos ha revelado a todos hasta qué punto la paz y su necesaria condición, el desarrollo de «todo el hombre y de todos los hombres», son una *cuestión también religiosa*, y cómo la plena realización de ambos depende de la *fidelidad* a nuestra vocación de hombres y mujeres creyentes. Porque depende ante todo de *Dios*.

48. La Iglesia sabe bien que *ninguna realización temporal* se identifica con el Reino de Dios, pero que todas ellas no hacen más que *reflejar* y en cierto modo *anticipar* la gloria de ese Reino, que esperamos al final de la historia, cuando el Señor vuelva. Pero la espera no podrá ser nunca una excusa para desentenderse de los hombres en su situación personal concreta y en su vida social, nacional e internacional, en la medida en que ésta —sobre todo ahora— condiciona a aquélla.

⁸⁸ Cf. CONC. ECUUM. V.AT. II, declaración *Nostra aetate*, sobre las relaciones de la Iglesia con las religiones no cristianas, 4.

Aunque imperfecto y provisional, nada de lo que se puede y debe realizar mediante el esfuerzo solidario de todos y la gracia divina en un momento dado de la historia, para hacer «más humana» la vida de los hombres, se habrá *perdido* ni habrá sido *vana*. Esto enseña el Concilio Vaticano II en un texto luminoso de la constitución pastoral *Gaudium et spes*: «Pues los bienes de la dignidad humana, la unión fraterna y la libertad: en una palabra; todos los frutos excelentes de la naturaleza y de nuestro esfuerzo, después de haberlos propagado por la tierra en el Espíritu del Señor y de acuerdo con su mandato, volveremos a encontrarlos, limpios de toda mancha, iluminados y transfigurados, cuando Cristo entregue al Padre el reino eterno y universal...; reino que está ya misteriosamente presente en nuestra tierra»⁸⁹.

El Reino de Dios se hace, pues, *presente* ahora, sobre todo en la celebración del *sacramento de la Eucaristía*, que es el sacrificio del Señor. En esta celebración, los frutos de la tierra y del trabajo humano —el pan y el vino— son transformados misteriosa, aunque real y sustancialmente, por obra del Espíritu Santo y de las palabras del ministro, en el *corpo* y *sangre* del Señor Jesucristo, Hijo de Dios e Hijo de María, por el cual el *Reino del Padre* se ha hecho presente en medio de nosotros.

Los bienes de este mundo y la obra de nuestras manos —el pan y el vino— sirven para la *venida del Reino definitivo*, ya que el Señor, mediante su Espíritu, los asume en sí mismo para ofrecerse al Padre y ofrecernos a nosotros con él en la renovación de su único sacrificio, que anticipa el Reino de Dios y anuncia su *venida final*.

Así, el Señor, mediante la Eucaristía, *sacramento y sacrificio, nos une consigo y nos une entre nosotros* con un vínculo más perfecto que toda unión natural; y unidos *nos envía* al mundo entero para dar testimonio, con la fe y con las obras, del amor de Dios, preparando la *venida* de su Reino y anticipándolo en las sombras del tiempo presente.

Quienes participamos de la Eucaristía estamos llamados a descubrir, mediante este sacramento, el *sentido* profundo de nuestra acción en el mundo en favor del desarrollo y de la paz; y a recibir de él las energías para empeñarnos en ello cada vez más generosamente, a ejemplo de Cristo,

que en este sacramento da la vida por sus amigos (cf. Jn 15,13). Como la de Cristo, y en cuanto unida a ella, nuestra entrega personal no será inútil, sino ciertamente fecunda.

49. En este *Año Mariano*, que he proclamado para que los fieles católicos miren cada vez más a María, que nos precede en la peregrinación de la fe⁹⁰ y con maternal solicitud intercede por nosotros ante su Hijo, nuestro Redentor, deseo *confiar a ella* y a su *intercesión la difícil coyuntura* del mundo actual, los esfuerzos que se hacen y se harán, a menudo con considerables sufrimientos, para contribuir al verdadero desarrollo de los pueblos, propuesto y anunciado por mi predecesor Pablo VI.

Como siempre ha hecho la piedad cristiana, presentamos a la santísima Virgen las difíciles situaciones individuales, a fin de que, exponiéndolas a su Hijo, obtenga de él que *las alivie y transforme*. Pero le presentamos también las *situaciones sociales* y la misma *crisis internacional*, en sus aspectos preocupantes de miseria, desempleo, carencia de alimentos, carrera armamentista, desprecio de los derechos humanos, situaciones o peligros de conflicto parcial o total. Todo esto lo queremos poner finalmente ante sus «ojos misericordiosos», repitiendo una vez más, con fe y esperanza, la antigua antífona mariana: «Bajo tu protección nos acogemos, santa Madre de Dios. No deseches las súplicas que te dirigimos en nuestras necesidades; antes bien, líbranos siempre de todo peligro, oh Virgen gloriosa y bendita».

María santísima, nuestra Madre y Reina, es la que, dirigiéndose a su Hijo, dice: «No tienen vino» (Jn 2,3), y es también la que alaba a Dios Padre porque «derribó a los potentados de sus tronos y exaltó a los humildes. A los hambrientos colmó de bienes y despidió a los ricos sin nada» (Lc 1,52s). Su solicitud maternal se interesa por los aspectos *personales* y *sociales* de la vida de los hombres en la tierra.⁹¹

⁹⁰ Cf. CONC. ECUUM. VAT. II, const. dogm. *Lumen gentium*, sobre la Iglesia, 58; JUAN PABLO II, carta encíc. *Redemptoris Mater* (25 de marzo de 1987) 5-6; AAS 79 (1987) p.365-367.

⁹¹ Cf. PABLO VI, exhort. apost. *Martialis cultus* (2 de febrero de 1974) 37; AAS 66 (1974) p.148s; JUAN PABLO II, homilía en el santuario de Nuestra Señora de Zapopán, México (30 de enero de 1979), 4: AAS 71 (1979) p.230.

Ante la Trinidad santísima, confío a María todo lo que he expuesto en esta carta, invitando a todos a reflexionar y a comprometerse activamente en promover el verdadero desarrollo de los pueblos, como adecuadamente expresa la oración de la misa por esta intención:

«Oh Dios, que diste un origen a todos los pueblos y quisiste formar con ellos una sola familia en tu amor, llena los corazones del fuego de tu caridad y suscita en todos los hombres el deseo de un progreso justo y fraternal, para que se realice cada uno como persona humana y reinen en el mundo la igualdad y la paz»⁹².

Al concluir, pido esto en nombre de todos los hermanos y hermanas, a quienes, en señal de benevolencia, envío mi especial bendición.

Dado en Roma, junto a San Pedro, el día 30 de diciembre del año 1987, décimo de mi pontificado.

JOANNES PAULUS PP. II

⁹² Colección de la misa «Pro populo rum progressionem»: *Missale romanum*, ed. typ. altera 1975, p.820.

APPENDICE

DISCURSO DEL PAPA A LOS PARTICIPANTES EN LA SOLEMNE CONMEMORACION DEL XX ANIVERSARIO DE LA PUBLICACION DE LA ENCICLICA «POPULORUM PROGRESSIO», DE PABLO VI

(24 de marzo de 1987) *

Señores cardenales, estimados hermanos en el Episcopado, ilustres representantes del Cuerpo Diplomático, señoras y señores:

Actualidad de las enseñanzas del papa Montini

1. Nos hemos reunido hoy aquí para conmemoración solemne, el XX aniversario de la enciclica *progressio*, promulgada por mi antecesor Pablo VI el 26 de marzo de 1967. Estoy muy contento de encontrarme con vosotros, para contribuir a la conmemoración de este importante documento con algunas reflexiones que la circunstancia suscita en mi ánimo. Agradezco al señor cardenal Etchegaray y al señor Rafael Caldera las profundas reflexiones que nos han propuesto.

Os dirijo a todos un cordial saludo, al propio tiempo que deseo expresar mi gran gozo por esta iniciativa, oportunamente promovida por la Pontificia Comisión *Iustitia et Pax*: que ella pueda suscitar una mayor atención de cara a las enseñanzas sociales de la Iglesia.

Ante todo desearía agradecer con vosotros al Señor el haber concedido a la Iglesia y al papa Pablo VI la posibilidad de responder con esta encíclica a las expectativas y esperanzas, y también a las angustias, más aún, a los «gritos» (cf. n.30), de tantísimos hombres y mujeres de toda clase y condición social, de todo origen étnico y de todo credo religioso, que se han sentido de este modo interpretados por el tenor de la encíclica, unos encontrando nuevas fuerzas y razones para vivir, otros compren-

* Texto tomado de la edición en lengua española de *L'Osservatore Romano*, 13 de septiembre de 1987.